

AL SON DE CORIA

Escribir —glosar simplemente— sobre Coria y su comarca, es para mí enormemente comprometido.

¡Coria y su comarca!, raíz en mí de tantas cosas.

Hace ya años, la definía así: Coria, tejado a dos aguas. Y en un poemario: Catedral, atalaya/en vigilia de río/; ¡Coria, romana/tierra de regadio!.

Así es su ambivalencia. Dos aguas. La espiritual de la Pila-Catedral, de única nave. La de su río, Alagón —halago de mí mismo—, fertilizando su Comarca de Este a Oeste, de mi ser-este, a mi fin-oeste.

Antigua capital vetona, luego Señorío del Conde Don Gutierre, más tarde, de los Alba.

Desde la Plasencia-Señora, a Casillas, en mi Vega plácida. Desde los paños de lana caliente de Torrejón-cillo a la Moraleja metafísica. Con el redondel geográfico —ceranda, cerando— de Riobos, Huélagas, Calzadilla, Villa del Campo, Casas de Don Gómez...

Gráciles pueblos, rural arquitectura, agudos sus campos hasta festonear por la flor del tabaco, de la panoja del maíz, del capullo algodón, de malvas, amarillos o rosas de su paleta floral de rico oficio.

La laboriosidad de sus gentes, su abierto carácter —como el río en sus brazos, mutación de cauce jurídico y romano—, el puente sin río, de ayer, hoy, de río con sus puentes —dos—

en bodas de aguas mahometano cualquiera—, emporio de riqueza provincial por sus vegas nutricias, moneada que corre, como en la canción, no falsa, y sus toros.

¡El toru! Paganía de semana al año, sangría necesaria para la alta tensión del laboreo monorrítmico. Acogimiento hidalgo, de tierra que se da, que se entrega. De Este a Oeste. Como yo.

¡Puerta de Nuestra Señora de la Guía!, que es eso, en endecha hacia el Valle que sigue y sigue hasta la franquía de la Sierra de Gata.

Y como el paisaje es llano, sonriente, así las gentes, abiertas, que el rodeo de la naturaleza es la impronta del alma.

Abanico de risas en las fiestas, concentración en los cultivos, achachados, por delante la mujer —mahometanos cualquiera—, cortando la tierra, defoliando la planta («galanteándola», dice Francisco).

O peleando contra el sarraceno, allí en la linde del Algodor —río hijo en mi tierra madre—, aniquilándole.

¡Qué reposo por las callejas cercanas a la Catedral! Patios agareños vertiendo por sus tapiales la verde enredadera.

Para escribir, soñando el río ¿verdad, Rafael Sánchez Mazas?, tu Pedrito de Andia). O mis versos de campo en mis orillas, ensoñando otros tautos.

¡Ay!, Coria, hoy de verde lujuria ya, y lejos

sino también por el mismísimo infante Don Juan, hermano de Sancho IV.

El siglo XIV, cuyos primeros años alumbraba la regencia de María de Molina, comienza, pues, con el reinado de Fernando IV el Emplazado y termina con el de Enrique III el Doliente. Al medio, Alfonso XI y Pedro I, todavía de la Casa de Borgoña y Enrique II de las Mercedes y Juan I, estos dos ya de los Trastámaras.

Siglo durante el cual se libra la batalla del Salado (1342), a consecuencia de la cual GUADALUPE se convertirá en uno de los centros religiosos y culturales más importantes del occidente cristiano.

Cáceres, sin un protagonismo directo en la gran historia, será terreno para el cambalache y la prebenda, algo que se da o se quita a este o al otro señor, a esta Orden o a la otra, según las conveniencias del monarca de turno y según las circunstancias,

de aquel poema de mi amigo Alfonso Albalá —niños a pájaros— que dice: «Coria, ciudad episcopal, anciana/junto al puente sin río, olvidada, callada...».

Hoy, Coria de agua regalada...

Miguel SERRANO

desde luego que siempre o casi siempre en perjuicio de los Concejos cacereños. Así, por ejemplo, Fernando IV aplaca a su tío Don Pedro otorgándole señorío sobre Gallesto y Granadilla y cede temporalmente Arroyo de la Luz (entonces del Puerco) a un portugués; da a la Orden de Alcántara el señorío de Eljas, Albalat a Fernán Gómez y a uno de sus primos Almaraz y obliga a que Plasencia entregue Valverde de la Vera a Nuño Pérez...

El portador de la semilla de Maltravieso pasaba, por consiguiente, de este señorío al otro, de depender del Concejo a ser vasallo de aquella Orden; en fin, de sufrir a unos a sufrir a otros...

Deja el siglo XIV algunos importantes monumentos en la provincia. El principal, sin duda, el Monasterio de GUADALUPE, en su traza general, amén de en otros muchos detalles. Lo mandó construir, sobre una pequeña ermita ya existente, Alfonso XI.

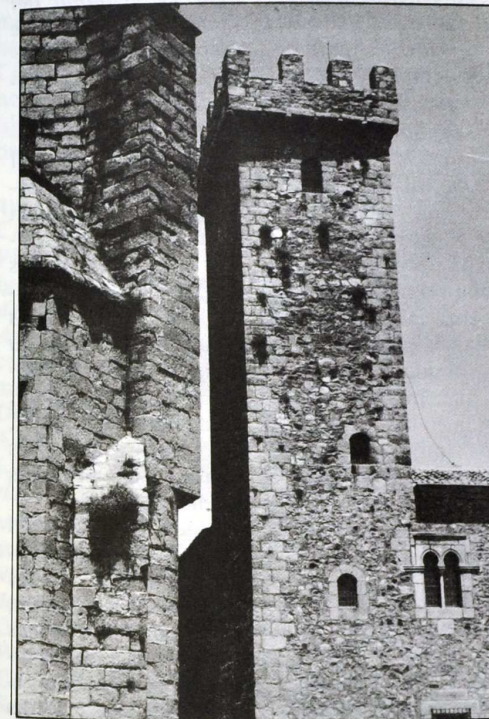
La ermita del Espíritu Santo, de CACERES, es obra que se sitúa entre los siglos XIV y XV, así como la llamada Casa Muñeira, que está en la cacereña cuesta de la Aldana. Importante obra de este tiempo es la torre de las Cigüe-

ñas, parte de la casa Cáceres-Ovando, ésta del siglo XV.

A caballo entre el XIV y el XV, el Castillo de GRANADILLA y la Casa Gótica

LAS VISPERAS EXTREMEÑAS

Hasta entrado en su último cuarto, el siglo



Torre de las Cigüeñas (Cáceres)

de PLASENCIA. y del XIV, con adiciones del XVI, la iglesia parroquial de San Martín, en TRUJILLO. Muy del XIV, la ermita de Nuestra Señora del Consuelo de LOGROSAN y la Casa de Monroy o de los dos torres, en PLASENCIA. Una torre defensiva en ALMARAZ y los restos del castillo de BELVIS, entre Brozas y Alcántara.

XV no se diferencia mucho de su predecesor. Al menos para los pobladores de las tierras cacereñas, tanto si nobles como si plebeyos.

El reinado de Juan II (1406-1454), monarca de carácter débil, dominado por la avasallante personalidad de Don Alvaro de Luna, a quien al final mandaría degollar, sigue dando a los nobles en perjuicio del pueblo y

EL PARTICULAR ENCANTO DE UNA VIEJA CIUDAD, NUEVA

Cuando me fui a vivir a Cáceres, desde Nueva York, donde estaba trabajando, tardé muy poco en percibir el peculiar encanto de una población, entonces, mediados los sesenta, pequeña, recoleta y habitada, en general, por gente madura. Era maravilloso, luego de cruzar cada día una ciudad mastodóntica en Metro, buscando el reportaje pedido que nunca estaba donde debiera; escuchar las campanas de Santa María, después de un día tranquilo y hogareño tomando café frente a la chimenea. Un pueblo chico y silencioso, una plaza mayor con palmeras, cigüeñas en febrero, señoras de velito y devocionario, taconeo discreto a la salida de misa de una. Paseando por una calle de Pintores donde todo el mundo se conocía, tomando el aperitivo en el Bar Norba que ya no existe —donde se forjaban todos los noviazgos y se daban cita los chismes y las señoras ociosas—, he esperado a mis dos hijos, los he criado, los he visto crecer haciendo labor en Cánovas; cuatro veces al día hice el recorrido desde mi casa, en el barrio antiguo, hasta la escuela nacional de la Avenida de la Virgen de la Montaña, llevándoles, buscándoles, asistiendo a su transformación.

Si no hay nada en el mundo más apasionante que observar el nacimiento de una criatura, contemplar cómo un trozo de carne amoratado y aparentemente sin vida se convierte en un ser humano, responsable, consciente, abocado a morir, creo que aún es más maravilloso, por insólito, asistir al nacimiento, día a día, en poco tiempo como esos pueblos de cartón-piedra que surgen casi instantáneamente como fondo a la historia del vaquero y la dama en los estudios de cine americanos, de una nueva ciudad a nuestro alrededor. Una nueva ciudad que nada tiene que ver con la vieja de mis tiempos de recién casada, aparte de no haber perdido ni un ápice de su extraño, especial, inimitable encanto.

Los viejos vestidos de negro que charlaban parsimoniosos bajo unos árboles que ya no existen, en esa Plaza Mayor de casas enclavadas que parecen de Nacimiento, deben de estar todos muertos. Universitarias de pechos jóvenes bajo unas camisetas con letreros, pantalones cortos, ojos apasionados, largas piernas, sustituyen a los ancianos oscuros, tan elegantes, tan señores, a la entrada de una calle Pintores que parece el «campus» de una universidad europea.

—¿Dónde vamos hoy? —nos preguntábamos cada domingo.

Y si no daban una buena película, aquellas buenas películas tan censuradas de nuestra juventud, acabábamos paseando por el campo, ese campo,